

—¿Te irás con tu abuelo y me dejarás? No lo pienses: tengo para retenerte mi autoridad de madre, y haré uso de ella. Aquí, á mi lado; te necesito: estoy delicada, estoy triste; la gente va huyendo ya de esta casa. No pienses en alejarte de mi lado.

Cruzó el salón con paso rápido, abrió la puerta y desapareció de la vista de su asombrada hija.

VII

La Duquesa pasó sin detenerse desde el salón á las habitaciones ocupadas por su marido: al lado del Duque se hallaba sólo su ayuda de cámara, que en pie al lado del sillón, aplicaba á la nariz ya afilada del enfermo un frasquito que encerraba un fuerte revulsivo: la dolencia había hecho rápidos progresos, y el alma, como si sólo hubiera esperado para abandonar el cuerpo oír la dulce palabra de Cecilia que la encaminaba al cielo, pugnaba por abandonar aquel cuerpo consumido por todas las miserias de la vida.

—¿Qué hay?; ¿está peor?—preguntó en voz baja Alicia, asustada realmente ante el aspecto cadavérico de su marido.

—No se asuste la señora Duquesa—repuso el criado;—estos síncope le dan á menudo hace unos días.

—¿No se ha llamado al médico?

—Vino esta mañana.

Fabián abrió los ojos y respiró con esfuerzo: su mirada fué á fijarse en su esposa, y sólo retrató la impaciencia y la contrariedad; pero, gran se-

ñor siempre y ante todo, su palabra desmintió la dureza de sus sentimientos.

—No hace falta el médico, querida mía—dijo con voz débil;—esto no será nada: mucha debilidad. Bernardo, dame el cordial.

El criado acercó á los labios del paciente una cuchara de plata sobredorada, llena de un licor rojizo: el Duque la bebió, é hizo una seña al ayuda de cámara para que se retirase.

Los esposos quedaron solos.

—¿Qué es lo que te trae aquí?—preguntó á su esposa el Duque, cuyas fuerzas se habían reanimado algún tanto;—¿qué deseas aún de mí? ¿Acaso el temor de que te olvide en mi testamento? Descuida: aunque mermada mi fortuna, aunque me halle arruinado, tienes ya consignada tu pensión de viudedad que no puede faltarte: modesta es; pero no estabas mejor al lado de tu madre de lo que estarás ahora..., te lo aseguro...

—¡Qué mal me juzgas!—exclamó la Duquesa con voz conmovida.—Vengo sólo á saber cómo estás...

—Ya lo ves: expirando.

—¡No, no digas eso!—exclamó la Duquesa, que se arrojó de rodillas junto al sillón, con su gracia un poco teatral;—¡no digas eso, Fabián! Tú vivirás aún largos años, para perdonar mis ligerezas y el que no haya sido para ti lo que debía ser... No hables de morir..., sino de perdón y olvido..., de días tranquilos...

—Nada tengo que perdonarte, pobre mujer—repuso el Duque, cuya fisonomía bella y expresiva se dulcificó de repente;—has sido desgraciada más que culpable. Yo también necesito de tu perdón...; nunca te amé, y te he engañado á sabiendas, con odiosa sangre fría.

—¡Oh, no!; ¡te estás calumniando!—dijo la Duquesa, cuyo corazón egoísta y altanero latió con fuerza ante aquella confesión insultante;—tú me has amado mucho..., lo sé..., lo saben todas las mujeres cuando son amadas.

—No, Alicia, mi pobre Alicia; ¡el amor propio te engañó...! ¡Yo no te amaba! Cuando te hallé en mi camino, iba buscándote sin conocerte, y sólo para satisfacer un ruin deseo de venganza; pero no buscaba á Alicia Valenzuela, no: buscaba á la esposa de Barrientos, fea ó bonita, desagradable ó encantadora, para seducirla, para vengarme de él... Te hallé bonita, y luego tu gracia, tus seducciones me retuvieron á tu lado... En los umbrales de la muerte no se miente...

—¿De modo—exclamó la Duquesa alzando la cabeza y sintiendo secarse sus lágrimas con las llamas del enojo que subían á su frente,—de modo que nunca me has amado? ¿De suerte que he sido el objeto de una seducción grosera y vulgar?

—Quería vengarme de tu esposo, que me había ofendido mortalmente: te amé con los sentidos, pero ni un día con el corazón; y luego, cuando

me volví criminal por este bastardo apetito, cuando tuve que matar á tu marido, al que estimaba, no guiado por el amor que te tenía, que eso hubiera sido excusable, sino por las absurdas leyes sociales, entonces te aborrecí, y te hice responsable de mi delito, y empecé á sentir infinita ternura por los hijos de Barrientos, que había adorado á mi primera, á mi única hija...

Apenas fueron perceptibles estas últimas palabras: la emoción y la falta de fuerzas postraron más al Duque, cuya respiración se hizo anhelante y fatigosa. Alicia fué á hablar dos veces, pero se detuvo, temerosa de perjudicarse en el ánimo de su marido, que aún podía romper el testamento, acaso guardado en su misma persona; pensaba en lo engañado que había estado su amor propio creyéndose adorada hasta con locura, y miraba con odio al que no había rendido á sus seducciones el debido homenaje.

—Sólo hemos mirado á la tierra—prosiguió Fabián con voz doliente:—tú has corrido toda tu vida tras de las pompas terrenales, enamorada de sus esplendores; yo he sido el esclavo de mis pasiones. Rindiendo exagerado culto á mis cuarteles de nobleza, te dejé concluir la ruina de mi fortuna, empezada por mí, y creí que debía esta concesión á la que llevaba mi nombre; y ni una voz amiga, ni una mano salvadora se ha interpuesto en nuestro camino para advertirnos y abrir nuestros ojos á la luz de la verdad: así vive la hu-

manidad entera, y así camina á ciegas por la senda que conduce á la desesperación y á la muerte. ¡Qué estéril vida la que el mundo ordena! ¡Y cómo se ven con claridad todos los errores cometidos, cuando nos cercan las sombras del sepulcro!

La Duquesa siguió en su obstinado silencio.

—¡Oh; si tú y yo hubiéramos conocido al ángel de paz que sólo habla de deber y de perdón!—prosiguió el Duque;—¡si Cecilia hubiera entrado antes en esta casa...!

—¿Cecilia?

—Sí, el aya de tu hija... No te separes de ella, Alicia: cuando lleguen para ti los días de la soledad y del abandono; cuando sientas tu alma muerta á toda ilusión, verás cuán sana y cuán grata es para ti su compañía. Yo flotaba en un mar de amargura; sólo veía en derredor mío el remordimiento: el terror del juicio de Dios me hacía temblar... Cecilia, al verme abandonado de todos en la tierra, me habló del cielo; pero no como de una mansión cerrada para mí, sino como de un asilo abierto para todo el que confía en el perdón celeste y en la misericordia divina. Gracias á Cecilia podré morir en paz...

Un movimiento de celos, ó más bien de envidia, agitó el corazón de Alicia: su instinto de mujer, y de mujer egoísta, le advirtió que el corazón de su marido estaba vivamente interesado por la humilde criatura que comía en su casa el pan de la servidumbre, y que en caso de vivir, sólo á ella

hubiera amado el Duque, y sólo á ella dedicaba en aquel instante todos sus pensamientos: entre las sombras de la muerte lucía la aurora radiosa del verdadero amor.

—Tu hijo es el heredero del título de Duque de Medellín que he llevado—prosiguió el Duque, sin ver las nubes amontonadas sobre la frente de su mujer;—no tengo familia, y mi voluntad, expresada ya en mi testamento, es que sea el heredero de todas estas miserias que el mundo llama grandezas y que no nos evitan ni una hora de dolor. Cuida tú, Alicia, de que Gonzalo acepte mi legado, pues ésa será la más verdadera señal de su perdón. Algunas fincas se han vendido para alimentar nuestras mutuas locuras; pero otras pueden rescatarse de las hipotecas, y aún puedes llegar de nuevo á tu sueño adorado, la opulencia, si sabes cambiar los sentimientos hostiles de tu hijo en otros más cariñosos para ti.

—No—exclamó Alicia sordamente,—no puedo contar con el afecto de mi hijo; quizá jamás le volveré á ver; quizá rehusará la posesión de tus grandezas, que hoy nada suponen, pero que llegará día en que sean un bien positivo y real; pero Gonzalo, aleccionado por su abuelo, detesta y desprecia cuanto nos es común. ¡Ahl; ¡qué terrible maldición pesa sobre mi vidal; ¡cuánto sueño inútil Ni un afecto que me proteja, ni la seguridad de una situación á la que todo lo he sacrificado...

Lágrimas de rabia impotente subieron á los

ojos de la desdichada; pero el Duque no las vió: había caído en un sopor repentino: su fisonomía alterada y descompuesta hacía presentir una terrible crisis. La Duquesa, embargada por la tempestad que rugía en su alma, nada veía, en nada pensaba, cuando vino á sacarla de su abstracción el ruido de una puerta que se abría y la vista del ayuda de cámara del Duque, que traía en la mano una bandeja de plata y una carta en el fondo de aquélla.

—Para la señora Duquesa—dijo inclinándose;—la ha traído un señor sacerdote que desea ver á la señora Duquesa.

Alicia tomó la carta, miró el sobrescrito y dejó escapar un pequeño grito: la letra era de su padre. Con mano nerviosa la abrió, y leyó estas breves líneas:

«El portador de la presente será mi respetable amigo el presbítero don Pablo: el mismo señor tiene orden mía de traerme inmediatamente á mi nieta Eva Valenzuela. Ya le hice saber á tiempo, señora, que á causa de su segundo enlace de usted había obtenido por la ley la tutoría y curatela de los dos hijos que tiene usted del primero. En vísperas de emprender un largo viaje, quiero á mi nieta, que me acompañará como su hermano.

LORENZO VALENZUELA.

Londres, Enero 1869.»

La Duquesa se levantó con las mejillas encendidas y los ojos chispeantes. Después de tan terribles golpes morales, este último la sublevaba hasta el furor.

—Que pase la persona que ha traído esta carta —ordenó al criado.

Así que se cerró la puerta, se puso á pasear como una leona herida, mesándose los cabellos y lanzando gemidos roncós é inarticulados; un furioso ataque de nervios la sacudía de los pies á la cabeza.

—¡Dios! —murmuró entre sus apretados dientes. —¿Dónde está la misericordia de ese Dios que así me azota y me martiriza? Todo me lo ha arrebatado..., todo: la hermosura, la fortuna, los afectos..., cuando éstos me hacían más falta. ¡Descubro que nadie me ha querido jamás, y hasta mis hijos me abandonan...!

Al dar la vuelta en su furiosa carrera, vió al capellán, que se había detenido al lado de la puerta, sobrecogido por el estado de excitación en que la veía.

—¡Diga usted á quien le envía, que no quiero darle á mi hija! —exclamó Alicia, fijando en el venerable rostro del capellán una mirada iracunda y chispeante, con todo el fuego de la cólera. — ¡Dígaselo usted, y salga ahora de aquí inmediatamente!

Pero el capellán, en vez de obedecer, se adelantó hacia el sillón, atraído por el aspecto cadavé-

rico de la cabeza reclinada en las almohadas; el Duque apenas respiraba, y en su lívida frente se veía la sombra de las alas de la muerte.

—¡El señor Duque está agonizando! —exclamó el sacerdote. —¡Señora, auxilio..., que se muera!

—¡Que se muera! —gritó exasperada la Duquesa. —¿Para qué me sirve, ni qué me importa? No me ha hecho más que daño...; nunca me ha querido...; es un infame... Él ha muerto al padre de mis hijos...; por él, por haberle unido á mi destino, me quitan á éstos ahora...; me quitan... No, ya basta con uno... Á mi hija nadie podrá arrancarla de mi lado..., nadie...

El capellán agitó con fuerza un timbre que había sobre una mesa, y Cecilia acudió corriendo y seguida de dos ó tres criados de la casa.

—¡La unción, pronto, al instante, ó no llega! —dijo el capellán; —y usted, Cecilia, llévase de aquí á la señora...; el Duque agoniza.

La institutriz contuvo las vueltas furiosas que daba Alicia por la estancia, y pasando su brazo en derredor del talle, trató de sacarla de la habitación.

—Sí, sí, me voy —dijo con una risa acerba la Duquesa; —no hay que hacerme fuerza ni reflexiones: me voy...; no le quiero ver expirar, no...; lo que quiero es guardar á mi hija, á la hija de Tomás...; y ese hombre, que expire cuanto antes... No siendo su esposa, sino su viuda, me dejarán á Eva, ¿no es verdad? Me la quieren quitar por este

maldito casamiento... Pero ya la muerte se encarga de deshacerlo...; es la única cosa que ese hombre ha hecho por mí..., morirse..., y su muerte, en vez de afligirme, me llena de alegría... Nunca le amé, y creo que hace ya tiempo le aborrezco.

Salió, dichas estas palabras, tirando de la puerta, que se cerró con violencia. La Duquesa se halló cara á cara con el sacerdote que traía la unción de la vecina iglesia de religiosas de San Pascual: ante aquella visión, todo el furor de la pobre mujer cayó fundido en un terror inmenso; abrió de nuevo la puerta, y cayó de rodillas en el umbral, inclinando la cabeza. Una dulce presión la hizo volver los ojos: Eva, arrodillada al lado suyo, tenía cogida su mano y oraba acompañando á su madre en aquel doloroso trance.

—¡Señor, misericordial—dijo la débil voz del moribundo.—Acogedme en vuestro seno..., y que no me cierre el paso... para llegar hasta vos... la irritada sombra... de Barrientos...

—Sal de este mundo, alma cristiana, en el nombre de Dios Padre Todopoderoso que te creó; en el nombre de Jesucristo que padeció por ti, y que te dará la paz y el descanso en la Jerusalén celestial. En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

El sacerdote impuso los santos óleos, y el capellán bendijo al Duque, que exhaló un débil suspiro: el último.

Los dos sacerdotes y Cecilia se arrodillaron y se pusieron á orar.

La Duquesa se levantó rígida, convulsa; asió la mano de su hija y la hizo levantar también, saliendo con ella á la antecámara; sus facciones estaban trastornadas; sus dientes se entrechocaban entre sí; todo su cuerpo estaba sacudido por una contracción terrible.

—¡Ah, qué alegría...!; ¡se ha muerto! ¡Ya no te arrancarán de mi lado, hija mía! Porque tú eres mi hija y la hija de Tomás, el único que me amó de veras, aquel cuya sombra veo á todas horas, aquel que amo tanto desde que se ha muerto... Al fin la Providencia se muestra benigna conmigo y no me deja sola: tú llamarás á tu hermano, que será Duque y opulento, y los dos seréis mi amparo y mi compañía...

Aquí se apagó la voz en su garganta; se velaron sus ojos, y cayó de espaldas, sin color, rígida y helada: la tensión nerviosa había sido terrible, y el cerebro estaba completamente desequilibrado por una meningitis.

VIII

La prensa de Madrid publicó en sus cuartas planas grandes esquelas de defunción dando parte del fallecimiento del Duque de Medellín, grande de España de primera clase, gentilhombre de cámara con ejercicio, gran cruz de Carlos III, etcétera. Bernardo, el fiel criado que le había servido toda la vida, reunió todos los recursos para hacerle funerales magníficos y mandar decir muchas misas por su alma: el buen viejo era católico ferviente, y por el bien espiritual de su querido amo no titubeó en vender algunos objetos de plata del servicio, de los ya muy escasos que quedaban.

La buena, la alta sociedad madrileña acudió á dar su pésame á la Duquesa viuda, firmando en las listas dispuestas al efecto. Nadie recibía. La Duquesa, peligrosamente enferma, de nada se dió cuenta durante los primeros ocho días; el capellán permanecía en la casa, y telegrafió primero y escribió después á Valenzuela, diciéndole que con la muerte del Duque todo había cambiado; que la Duquesa viuda volvía á ser la tutora natural de su hija, y que, dado el mal estado de salud de

aquella señora, á la que sólo cuidaban Eva y Cecilia, le parecía no sólo inconveniente, sino imposible el separar á la hija de la madre.

Esta carta ocasionó profunda pena al anciano: aunque tenía la grata compañía de su nieto que le adoraba, sentía una impaciencia indescriptible por tener también á su lado á Eva: ésta le llevaba algo de su madre, la dulce voz, la figura de ninfa, la dorada cabellera; la edad de Eva tenía Alicia cuando su padre la perdió moralmente, cuando adquirió la evidencia de que no era hija suya, por una carta encontrada á su culpable esposa; y en sus largas noches sin sueño, el rígido y severo anciano, que por nada en el mundo hubiese aceptado una reconciliación con su culpable hija, le parecía que ésta resucitaba bella é inocente en Eva, y la quería poseer antes que su candor virginal se contagiase en la atmósfera insana de la casa maternal.

Poseer y guardar á Eva era su pensamiento constante. Sabía que Cecilia era una buena guardadora de la niña, y por la certeza que de ello tenía, la había enviado cerca de su hija, aunque no á ella directamente. Alicia estaba sepultada en el corazón de su padre desde que sus impúdicos amores habían quitado el honor y la vida á su marido; pero por medios indirectos conservaba con ella cierto contacto moral que engañaba á su severidad y que demostraba que siempre moraba en su alma este pensamiento cruel:

—¿Y si fuera mi hija?

Duda atormentadora que envenenaba su existencia entera; duda que no permitía ni el odio profundo, ni el cariño confiado y tranquilo, ni la glacial indiferencia.

Poco á poco la imagen de Eva Barrientos se fué haciendo perceptible entre las sombras de aquel dolor eterno: imagen bella, inocente, cariñosa, dulce para el corazón de aquel anciano, cuya vida había sido un largo martirio, la niña fué borrando la imagen de la madre en el corazón del abuelo, y trayéndole la paz y la conformidad; y después de muchos meses de vacilaciones se determinó á que le nombrase la ley tutor y curador de sus nietos, alegando el segundo casamiento de su madre con el Duque.

Retirado de los negocios, y dejando personas de confianza al frente de los mismos, el único ideal de aquel anciano severo é irreprochable, pero cuyo corazón era un abismo de ternura, fué el vivir tranquilamente con sus nietos la vida de familia, la vida del hogar, que tan breve tiempo había gustado; casar á Eva con un hombre de bien que la amara, aunque no tuviera fortuna: ¿no la tenía él muy grande? Casada Eva á su lado, vería á su derredor una familia nueva, vería á los hijos de su nieta y podría aún sentarlos sobre sus rodillas, y lograría morir rodeado de ellos. Contaba también Valenzuela con poder disuadir á Gonzalo de seguir la carrera eclesiástica,

y se decía: «Casaré á Eva muy joven, y la dicha de su hermana cambiará las ideas de Gonzalo.»

Sin embargo, visto el empeño de éste, le había puesto bajo la dirección de un virtuoso, sabio é ilustradísimo sacerdote en París, con el que hacía sus estudios teológicos, habiéndose también matriculado y ganado en un año los dos primeros de estudios, con notas de sobresaliente. Por orden é influencias del Duque se había echado tierra, como vulgarmente se dice, al deplorable asunto que ocasionó la herida del Duque; y Valenzuela, la noche misma del lamentable suceso, se llevó su nieto á la capital de Francia. Muy lejos de aquellos sitios donde tanto habían sufrido todos, lejos de aquel vergel de Andalucía, que había llenado de amargos recuerdos una mujer sin corazón, esperaba Valenzuela que el alma de Gonzalo, herida por la desgracia desde que sabía pensar, daría asilo á la alegría, á las ilusiones de su edad, olvidando todos los dolores de su infancia. Pero no fué así: el adolescente era profundamente melancólico como lo había sido el niño; la trágica muerte de su padre, la pública deshonra de su madre, eran dos heridas sangrientas en el fondo de su alma, que no se cerraban, ni podían cerrarse jamás; antes de conocer el mundo estaba profundamente disgustado de él, y sólo quería mirar al cielo, para ver en él la sombra de aquel padre que tanto le amó en la tierra, y al que él adoraba por sus desventuras.

Era una tarde, á la hora de tomar el té en el salón del opulento don Lorenzo de Valenzuela, llegado á Londres hacía dos ó tres semanas, y que había tomado todo el piso principal de un suntuoso hotel. En derredor de la mesita redonda que sostenía un servicio de plata se hallaban sentados solos el anciano y su nieto. El salón se hallaba magníficamente decorado; el tapiz, los muebles, los cuadros, todo hablaba de opulencia y de buen gusto. Gonzalo, que contaba ya diez y siete años, se hallaba sentado enfrente de su abuelo, y una camarera elegantemente vestida les servía el té. Cuando estuvo en las tazas de plata, y todas las pastas, *tartines* y bizcochos al alcance de su mano, don Lorenzo le hizo una señal con la mano para que se retirara, y miró á su nieto de una manera en que se leía claramente la pasión con que le amaba: el joven sintió aquella mirada, á la que correspondió con otra de igual cariño.

No había ya tensión alguna en el semblante de Gonzalo: sus bellas facciones respiraban una calma profunda y un poco melancólica; sus ojos, llenos de fuego y de inteligencia, ojos heredados de su padre, tenían una ligera inflexión hacia el cielo, como si mirasen más allá de las cosas de este mundo, que les daba un nuevo y poderoso encanto; el misticismo, aposentándose en aquella joven alma, la había elevado, impidiendo entrar en ella todo pensamiento culpable ó vulgar, y

se adivinaba en él al orador sagrado de grandiosa inteligencia, cuya palabra estaría impregnada de poesía y sostenida é ilustrada por una grande y bella cultura intelectual; podía presentirse que así en el sacerdocio como en cualquiera otra carrera que eligiese, llegaría á los más altos puestos, y que siendo ministro de Dios, llegaría al ideal sublime que casi nunca vemos realizado en los ministros del altar.

—Hijo mío, óyeme con atención—dijo don Lorenzo con acento grave,—y contéstame con sinceridad: ¿me entiendes?

—Sí, padre mío—contestó Gonzalo.

—Cuando después de la terrible escena que nunca podremos olvidar ni tú ni yo, te llevé conmigo á París, fué con la idea de alejarte de los sitios donde tuvo lugar, y de ahuyentar la melancolía y gravedad, impropia de tus años, y fruto triste de tus desgracias, que se había apoderado de ti; pero en vez de conseguir ese resultado, vi con dolor que te inclinabas á una carrera que no conviene á la fortuna y clase con que te ha dotado el cielo. Queriendo variar tu punto de vista, salí contigo de París y te traje aquí, donde las ideas exaltadas del catolicismo hallan su contrapeso en el contacto con el clero protestante, que tiene hogar y familia; quizá te habrás ya persuadido de que si podías ser un buen sacerdote en la religión reformada, no podrías serlo en la católica en que has nacido y has de morir. Cinco semanas

llevamos de estancia en Inglaterra: ¿ha cambiado tu punto de vista?

—No, padre mío; pienso lo mismo que antes: insisto en hacerme sacerdote, y no quiero ninguna otra carrera.

—Piensa en que te espera un título de Duque con grandeza, que acabas de heredar, al que se agregará mi cuantiosa fortuna.

—¡Padre!—exclamó Gonzalo con tanta vehemencia que sus pálidas mejillas se enrojecieron.—Si otro que tú me creyera capaz de aceptar la herencia del que fué el amante de mi madre y el matador de mi padre, no viviría más tiempo que el que empleara en decírmelo. Pero me lo dices tú, mi primero y único amor en la tierra, mi padre adorado, y debo decirte, con el respeto que te debo, que nada quiero del mundo más que la libertad de orar por el alma de mi padre y por que Dios perdone los extravíos de la desgraciada mujer que me llevó en su seno. Sí, padre mío; yo me ofrezco en holocausto de las faltas de tu hija; yo pediré á Dios el martirio como el rescate de sus impurezas, y yo obedeceré á la sombra de mi padre, que cada noche se me aparece en sueños y me dice:

—Perdónala y ruega por ella.

El anciano no pudo contestar; gruesas lágrimas se deslizaban por sus venerables mejillas; levantóse y abrió sus brazos al adolescente, que se arrojó en ellos.

—¡Gracias, hijo mío! ¡Dios te bendiga!—exclamó sollozando.—Éste es el primer llanto de alegría que vierto hace muchos años. Ya no me opongo á que seas sacerdote, porque serás un digno ministro del altar.

—Todo mi anhelo, padre mío—repuso Gonzalo,—es llegar á conquistar la palma del martirio allá donde los pobres salvajes lloran en las tinieblas de la ignorancia. Estaré en Europa mientras mi madre viva. El corazón me dice que expiará sus faltas con crueles tormentos; que se verá sola, abandonada, pobre y despreciada de todos: entonces volaré á su socorro; entonces, como hijo y como sacerdote, encaminaré su alma al cielo, y después que la deje bajo su lecho de tierra me iré al África á ser misionero.

—¡Digno hijo de tu noble y generoso padre, Dios te bendiga!—exclamó el anciano oprimiendo de nuevo contra su pecho la hermosa cabeza de Gonzalo.—¡Dios te bendiga como yo!

—Hay en mi alma todavía deseos terrenales—dijo el joven con una triste sonrisa.—Anhelo poder sacar á mi hermana del lado de mi madre; anhelo ponerla bajo la salvaguardia de tu cariño, mi buen padre. No he podido apagar de mi alma esta altivez nativa, martirizada por los errores de mi madre, pero que revive llena de energía cuando pienso en mi hermana, á la que desearía immaculada y pura como un ángel, esposa casta é irreprochable y madre ejemplar y tierna. ¡Ay!

Todo el noble orgullo de mi padre creo que renace en mí, y sería para mí la dicha suprema el ver á Eva á nuestro lado. Tú y ella, padre mío, sois cuanto amo en la tierra.

—¿Y cuándo la veremos?—suspiró el anciano.—La muerte de ese hombre me ha cerrado el solo camino que teníamos para poseerla. Ahora su tutora es su madre.

—Volvamos á Madrid, y quizá lograremos de mi madre que nos la ceda.

—¡Volver á Madrid!—exclamó el anciano.—¡Al teatro de todos los excesos de esa desdichada! ¡Jamás! Londres mismo me parece que está demasiado cerca de ella... No me hables de eso, hijo mío: si recobro á tu hermana, dejaremos á Europa por algunos años.

Gonzalo iba á contestar; pero en aquel instante entró un criado del hotel con una carta puesta en una bandeja.

—Del correo de anoche—dijo;—acaban de traerla.

El anciano tomó la carta y la abrió con mano trémula; estaba escrita en letra gruesa y decía lo siguiente:

«Madrid 14 de Febrero de 1868.

«Sr. D. Lorenzo Valenzuela.

«Mi bueno y antiguo amigo: Un triste motivo me hace dirigir á usted estos renglones, que sólo

precederán pocos días á mi llegada á ésa con nuestra querida Eva y la señorita de Benavides, su aya, que la acompaña. Esta pobre joven se ampara, por consejo mío, de su bondad de usted, pues se encuentra sin medios de vida y hasta sin asilo por el deplorable suceso que voy á referirle, con mucha pena de mi parte.

»La señora Duquesa, á quien Dios perdone las penas que causa á usted, se ha marchado no se sabe dónde, abandonando su casa, á su hija y á sus amigos. Su huída, que así puede llamarse, la efectuó á las altas horas de la noche, hace dos días. Según el portero ha referido, vino un joven en un coche de alquiler; la señora, que se hallaba en el balcón, lo vió, bajó al momento, entró en él, y el cochero partió al instante. De nadie se ha despedido, ni aun de su hija. Á las doce de la mañana del mismo día vino un escribano y embargó cuanto había en la casa, poniendo los sellos. Yo me fuí á una modesta casa de huéspedes de la vecindad, llevándome conmigo á Eva y á Cecilia, á las que ya no abandonaré hasta dejarlas á su lado de usted.

»Sea usted fuerte contra este nuevo golpe, mi querido amigo. No sé si la Duquesa ha hecho bien ó mal dando este paso, porque en esta villa y corte, que deseo perder de vista lo antes posible, estaba tan sola, tan abandonada de los que antes se llamaban sus amigos, que no hubiera podido vivir; carecía en absoluto de medios de

fortuna, y su situación no podía ser más lamentable.

»Alguna vez me dijo, cuando convalecía de su enfermedad, que acaso se iría una temporada á París con la Baronesa viuda de Lartiga, á la que la unían antiguos lazos de amistad: es probable, pues, que allí se haya dirigido en compañía de ese joven, que según cree el portero, por lo poco que le pudo ver á la luz de los faroles del coche, hace tiempo que frecuentaba la casa.

»Eva está inconsolable, porque ama á su madre con ternura, y yo deseo llevarla cuanto antes á los brazos de su hermano y de su abuelo: ya es hora de que esta frágil existencia tan combatida halle el reposo de que tanto necesita.

»Soy de usted como siempre afectísimo amigo y capellán,

PABLO FERNÁNDEZ.»

El anciano alzó al cielo los ojos como pidiéndole fuerza para este nuevo dolor. Gonzalo enjugó una lágrima; pero arrojándose de nuevo en los brazos de su abuelo, exclamó:

—¡Eva es nuestra para siempre!

IX

Roma, capital del mundo cristiano, es una población grandiosa, pero triste. Casi siempre la grandeza es melancólica, y Roma es una prueba de esta verdad: sus monumentos antiguos, obeliscos, anfiteatros, estatuas, soberbios palacios y magníficas iglesias elevan el pensamiento y traen al alma una dulce melancolía; el Panteón, el Coliseo, el Anfiteatro de Vespasiano, la más grandiosa de las ruinas, la columna de Trajano y, sobre todo, el grandioso templo de San Pedro, el más vasto y hermoso del mundo, despiertan el sentimiento de lo bello, y traen al ánimo una calma que no se halla entre el ruido de otras ciudades donde sólo se rinde culto á las pompas mundanas.

El comercio y la industria son allí poco considerables; en cambio las artes florecen y lo embellecen todo, y se respira una atmósfera mística que aumentan las espléndidas bellezas de la campiña romana.

En un pequeño palacio del Corso vivía una familia feliz: la de Valenzuela. Gonzalo, dispensado por Su Santidad Pío IX de tres años para or-

denarse, era á los veintitrés uno de esos jóvenes sacerdotes que unen á una cultura profunda una virtud á toda prueba, y cuya elegancia y distinción hacen grata y amable la religión que otros ministros del altar rebajan con sus vulgaridades y malas formas.

No obstante sus graves estudios teológicos y filosóficos, Gonzalo se había dedicado también al arte, que adoraba, y al que profesaba un culto fervoroso: tocaba el piano á la perfección, cantaba música religiosa con gusto y exquisita expresión, y pintaba de una manera admirable, sobresaliendo sobre todo en los retratos. Su anciano abuelo estaba orgulloso de él, y á no ser por el punzante recuerdo de aquella hija perdida en las sombras de la vida, hubiera sido del todo dichoso; porque desde que Gonzalo, descubriéndole el fondo de su alma, le explicó los móviles que le hacían abrazar la carrera del sacerdocio, desde que vió que su sola ambición era rogar por su culpable madre y acercarse al cielo para estar más cerca del alma de su padre, Valenzuela, que estaba dotado de una alma recta y honrada, respetó y admiró aquella vocación, y determinó irse á vivir con sus nietos adonde la religión despliega sus mayores pompas y tiene sus más grandes preeminencias.

Eva había hecho, á los diez y siete años, un brillante casamiento: llevaba en la alta sociedad romana el nombre de Princesa de Amalfi, y las pocas veces que del brazo de su joven esposo se

dejaba ver en los salones, su hermosura y su gracia eran el encanto de todos los ojos, y su inteligencia, su bondad, su modestia y un cierto aire de candor que la embellecía de una manera ideal, le dieron el dictado de «la bella española».

Su marido era un joven de veinticinco años, un romano instruido, agradable, riquísimo, y que le había entregado su alma entera desde el momento que la vió con su anciano abuelo en el palco de un teatro. Cuando fué presentado el Príncipe Amalfi en casa de Valenzuela, y hubo explicado á la vez al anciano y á su nieta su pensamiento, Eva le dijo con su gracia candorosa, que si después de tratarse algún tiempo se convenían, le daría gustosa su mano, con la condición de vivir al lado de su abuelo.

Los padres del Príncipe habían ya muerto hacía algunos años. El joven aceptó con entusiasmo aquel tranquilo y tibio hogar que se le abría, y sólo sintió una pena: la de que Eva fuese rica y no tuviera que debérselo todo á él.

La guerra de las familias proviene casi siempre de la disidencia de gustos y de aficiones; pero la paz de la casa de Valenzuela era profunda, y el abuelo se hallaba en tal plenitud de felicidad, que á no ser por la sombra doliente de su hija, siempre presente ante los ojos de su alma, nada hubiera tenido que pedir al cielo.

Mas por la noche, cuando despertaban en la soledad, el abuelo y el nieto tenían el mismo pen-

samiento: —¿Qué hará?— se preguntaban.— Sin duda en aquel inmenso París va rodando cada día más abajo en los abismos de la ignominia. ¿Qué sirve su pensión para sus costumbres disipadas? ¿Y esa pensión la gasta ella? Sin amar nada ni creer en nada, ¿qué consuelo puede hallar en la vida? Renegada de todos los amores, no tiene ninguno que la proteja. ¡Desdichada de ella y de los que la amamos...!

El esposo de Eva había sido enterado en parte de la triste historia de su madre, y con ardor generoso se había ofrecido con su fortuna, con su persona, con todo su corazón, para el rescate moral y material de la pobre extraviada; pero Eva había escrito á su madre repetidas veces, y no había obtenido contestación. Después de mucho trabajo se habían averiguado las señas en París de la Baronesa de Lartiga, y allí se habían dirigido las cartas sin lograr ninguna respuesta. ¿Qué era de ella? ¿Adónde se encontraba? Que vivía, era indudable; pero no parecía menos cierto el que hubiera salido de aquel París que toda su vida había mirado como la tierra de promisión.

¿Y Cecilia? El ángel de paz y de mansedumbre, el ser cuya alma era toda delicadeza, abnegación y caridad, había dejado á la familia de Valenzuela el día mismo de la boda de Eva. Su misión se hallaba terminada en aquella casa, y en su delicadeza orgullosa se dijo que debía buscar otro hogar donde ser útil.

Poco tiempo después de su salida para Londres, acompañada de Eva y del capellán, supo la muerte de su madre. Su hermana se había reunido á su esposo, y el hogar que debía ser suyo, y que no lo fué jamás, se hallaba cerrado y solitario. Escribió, pues, á las viejas señoritas de Lartiga y les pidió un rincón en su vetusta casa para cuidarlas y hacerles una filial compañía.

«Aunque ya no soy joven tampoco, les decía, lo soy más que ustedes, y en mí tendrán una hija cariñosa, hallando yo dos madres en vez de la que he perdido. Juntas oraremos sobre la tumba de Barrientos, al que ustedes han amado conociéndole, y yo, sin conocerle apenas, he venerado y admirado tanto.»

La contestación de las hermanas fué la que es de suponer.

«Venga usted, hija mía—escribía Elvira por las dos;—venga usted á alegrar nuestra soledad: los pocos amigos que tenemos la esperan como nosotras: entre aquéllos está el buen capellán, ya muy viejo, y la anciana Brígida, que ya no sale de casa á causa de sus noventa años. El señor capellán se ha llevado en calidad de sirvientes á un honrado matrimonio de este pueblo, y con él y algunas familias amigas de toda la vida es con quienes nos tratamos, sin ir jamás á la ciudad. Dios, nuestra casa y nuestros campos es lo sólo que conocemos y que nos ocupa. Hacemos el bien que podemos, visitamos á los enfermos y á

los que son más pobres que nosotras, y esperamos en paz el fin de nuestra peregrinación en la tierra: usted será el rayo de sol que nos alumbre, que nos consuele y anime un poco nuestra vida.»

Cecilia se fué, pues, al lado de aquellas pobres mujeres, con la conciencia tranquila y el alma serena y casi alegre. Dios había llenado con su inefable amor aquella alma amante y solitaria, á la que repugnaban todas las vulgaridades de la vida.

Eva seguía con Cecilia frecuente correspondencia, y la encargaba continuamente le avisara cuantas noticias pudiera adquirir. Pero cada contestación era una decepción nueva: la casa donde el Duque había muerto, el hermoso hotel del barrio de Salamanca, había sido vendido en pública subasta; cuanto encerraba, restos de lo que no había vendido ó empeñado Alicia, había corrido igual suerte, y hasta el rastro de aquella mujer había desaparecido.

Gonzalo pasaba con frecuencia algunos días encerrado en ejercicios en uno de los conventos de Roma. Los Príncipes de la Iglesia, la Corte Pontificia amaba y distinguía al joven sacerdote, cuyas virtudes, caridad y talento le daban tan alto y elevado puesto. Pero en el alma de Gonzalo había un dolor eterno é inenarrable, un deseo ardiente: quería hallar á su madre, y solicitaba esta gracia de Dios todos los días de su vida. Diversos viajes había hecho ya á Madrid y á París con este

objeto; pero sus pesquisas fueron inútiles, y se volvió á Roma más desconsolado y más afligido que antes de salir.

Los Príncipes Amalfi recibían un día á la semana en el suntuoso palacio que ocupaban con su abuelo y su hermano. Toda la nobleza romana, los Cardenales, los artistas, acudían á estas recepciones, que duraban sólo desde las nueve á las doce de la noche, según la costumbre en todas las fiestas de noche á las que asisten algunos Príncipes de la Iglesia. Ni á Valenzuela ni á su nieto se les veía casi nunca en los salones, á no ser hasta las diez, hora en que se retiraban á sus habitaciones. Eva era el encanto de estas recepciones: vestida siempre muy sencillamente, su belleza de diez y ocho años parecía más pura y más dulce envuelta en tules, y con el escote del traje castamente cerrado; algunas rosas solían ser todo su adorno, y aunque su fortuna le permitía poseer riquísimas joyas, no se ponía ninguna. Un año iba á cumplirse de su casamiento, y tenía la esperanza de estrechar muy pronto entre sus brazos á su primer hijo, esperanza que el anciano abuelo acariciaba también con íntima alegría.

Pero todos aquellos seres afortunados pensaban en la desterrada, en la mundana, en aquella cuya memoria vivía en todos los corazones: así es que una mañana en que Eva dijo á su abuelo que tenía una carta importante de Madrid, todos se reunieron en la habitación de la joven. ¡Importante!

tante! Sólo podía ser de Alicia cuando merecía este dictado; pero no: era de Cecilia y decía así:

«Mi querida é inolvidable Princesa: Ha llegado, en fin, el instante de que yo pueda decirle algo de lo que tanto y tan justamente le interesa: una persona que llega de Austria dice que ha visto y conocido allí á la que lloramos hace tanto tiempo; pero no quiere dar noticias precisas más que á una persona de la familia: es preciso, pues, que su hermano de usted venga inmediatamente á Alcalá sin perder momento, porque el caballero austriaco se marcha dentro de pocos días.

«Creo lo más prudente, querida Eva, que nada diga usted á su respetable abuelo, porque estas noticias serán acaso muy tristes... ¡Ayl!; ¿qué podemos esperar en esta tierra de dolor? ¿Y para qué acibarar con una pena más la existencia de ese respetable anciano que tantas ha soportado ya?

«Ármese usted de valor, querida Princesa. ¿Qué vamos á saber? Yo tiemblo y le ruego esté tranquila por el hijo que lleva en su seno.

«Me parece que no debo añadir nada, porque el objeto de que en ella me he ocupado deja á todos los demás sin importancia.

«Nuestras respetables y queridas amigas Elvira é Isabel, muy delicadas ya de salud, abrazan á usted, y también su apasionada

CECILIA.»

Dos horas después de recibida esta carta, Gonzalo Valenzuela tomaba el tren exprés para Madrid. Lo mismo él que toda su familia sabían, porque les avisaba el corazón, que la Duquesa de Medellín había regresado á la patria. ¿Pero cómo? ¿en qué estado? Terrible debía ser, cuando la noble y sincera Cecilia lo envolvía en tan profundo misterio.